

EDUARDO HALFON  
BIBLIOTECA  
BIZARRA



JEKYLL & JILL

---

ZARAGOZA 2018

ÍNDICE

BIBLIOTECA BIZARRA | 13

LOS DESECHABLES | 39

HALFON, BOY | 55

SAINT-NAZAIRE | 75

LA MEMORIA INFANTIL | 83

MEJOR NO ANDAR HABLANDO DEMASIADO | 97

*Para L y L*

A la historia no puede cortársele la lengua.

TILDA SWINTON  
citando a JOHN BERGER

**BIBLIOTECA BIZARRA**

## LA BIBLIOTECA ÁRIDA

Una madrugada, hace algunos años, me llamó mi madre para decirme que durante la noche había muerto una tía abuela, que el entierro sería esa misma tarde, que había dejado una biblioteca personal enorme y no sabían qué hacer con tanto libro. Le ofrecí a mi madre ir a verlos de inmediato y luego darle mi opinión. Me vestí con el entusiasmo que sólo conoce un bibliófilo.

Cuando llegué me sorprendió descubrir que la casa de mi tía abuela estaba ya, a pocas horas de su muerte, completamente vacía. Sólo quedaban unas cuantas plantas en macetas de barro; algunas manchas en las paredes donde durante décadas colgaron sus cuadros; las alfombras persas traídas desde Damasco, ya fétidas y con el desgaste de toda una vida; y por supuesto sus libros. Mi tía abuela, que murió a los 99 años, había dejado una biblioteca sionista. Casi todo libro era sobre el Estado de Israel, sobre su creación, sus logros y

conflictos, sus guerras, sus gobiernos y líderes. Había libros de Theodor Herzl, de Chaim Weizmann, de Golda Meir, de David Ben-Gurion. Estaba la poesía de Yehuda Halevi. Estaban las novelas de Leon Uris. No sé por qué, sentado en una alfombra persa mientras ojeaba libro tras libro, me sentí triste. Pensé en toda una vida, casi un siglo de vida, dedicado a la lectura de un solo tema, a la lectura de un ideal, a la lectura de un pueblo y su deseado pedacito de tierra árida en el Mediterráneo. Pensé en mi muerte. Pensé en alguien llegando a mi casa después de mi muerte a husmear entre las estanterías de caoba de mi biblioteca personal. ¿Cuál sería entonces, según ese alguien, mi tema o mi ideal o mi deseado y árido pedacito de tierra? ¿Será que hay allí, entre mis tantos libros, entre mis tantas lecturas y seducciones literarias, y acaso sin yo ni siquiera saberlo, el deseo secreto y profundo de algún pedacito de tierra? La biblioteca de un hombre, decía Ralph Waldo Emerson, es una especie de harén.

En la biblioteca de mi tía abuela había un libro que no era del todo sobre el sionismo, o tal vez sí. Un escueto volumen (116 páginas) del autor Ierajmiel Barylka, impreso rústicamente en 1987 por la editorial Maguen David A.C., en la Colonia Polanco de la Ciudad de México, dilatadamente titulado: *Matrimonio mixto. Un enfoque básico acerca de un problema que atañe a la*

*juventud, a los padres de familia y a la comunidad.* Y ya marchándome de la casa de mi tía abuela con sólo ese libro en las manos, recordé a mi padre tumbado boca arriba en su cama, viendo no sé qué programa en la televisión, y amenazando con desheredarme. Nunca subió la mirada. No elevó su tono de voz. Nada más me dijo, sin dejar de ver el programa en la televisión, que si yo llegaba a casarme fuera del judaísmo, si yo llegaba a desafiar ese mandato, él me desheredaría. Yo me quedé callado. Estaba de pie a la par de la cama. Tenía ya dieciséis años y no era la primera vez que escuchaba sus ideas sobre el matrimonio mixto y el judaísmo. Pero sí era la primera vez que él me amenazaba así de directo, así de explícito. Y su amenaza, claro, era económica. Estaba comprando mi obediencia. Y yo, ahí parado, aún mudo, supe inmediatamente que no obedecería. Y no obedecí. Mi padre, hoy, cuando le menciono aquella escena, niega haberme amenazado. Para él, supongo, es más fácil borrar cualquier rastro de esa memoria que aceptar el hecho de que su hijo primogénito le desobedeció, de que su poder o su dinero fue insuficiente.

## LA BIBLIOTECA SALVAJE

Prefiero los libros de viejo. Me gustan precisamente por el aire de imperfección y misterio que los envuelve: las páginas manchadas o dobladas por la mano de otro; las frases subrayadas o párrafos marcados en amarillo que ya le dijeron algo a alguien más; las curiosas anotaciones y reflexiones en los márgenes; la eventual dedicatoria en la primera página, a veces enigmática, a veces absurda, a veces del mismo autor. Decía Virginia Woolf que los libros de viejo son libros salvajes, libros sin casa, y tienen un encanto del que carecen los volúmenes domesticados de una biblioteca.

César Sánchez, amigo, editor y también coleccionista de libros usados, se vanagloria de un ejemplar que compró en una librería de viejo, a finales de los años noventa: *Cielos e inviernos*, del poeta español Ramón Irigoyen. Un libro publicado por Hiperión, cuando Hiperión, se jacta mi amigo, aún publicaba en offset mate sin plastificar. En la primera página, Irigoyen escribió: «A Manuel Vicent, por tantas horas de lectura dichosa.» La dedicatoria al famoso escritor Manuel Vicent le había pasado inadvertida al vendedor de Madrid —me explica César Sánchez con una expresión de cazador en el rostro y su hermosa presa en las manos—: porque el libro estaba intonso.

A otro amigo, Raúl Eguizabal, le gusta buscar libros de viejo los domingos en la mañana, en el rastro de Madrid. Allí, un domingo, descubrió una edición antigua de la novela *Un adolescente*, de Dostoyevski. Me contó Eguizabal que no se decidía a comprarla porque el vendedor sólo tenía el primer tomo, de dos, pero que la decisión se le hizo muy fácil al descubrir que adentro, en la portada interior del libro, estaba la firma del gran poeta español Vicente Aleixandre, y abajo, en su misma letra, el año 1928. No sé si tendrá algo que ver, me dijo Eguizabal en su casa de Madrid, pero ese libro de Dostoyevski me recordó a un poema de Aleixandre titulado «Adolescencia», el único poema que Aleixandre se sabía de memoria de todos los que escribió. Luego, aún de pie mientras liaba hebras de tabaco, Eguizabal me contó que aquel domingo, caminando unas horas más tarde en la cuesta de Moyano, encontró y compró el segundo tomo de la novela de Dostoyevski.

(En la biblioteca de Eguizabal, en medio y enfrente de tantos libros, abundan los antiguos afiches y carteles publicitarios, la mayoría también encontrados los domingos por la mañana en el rastro. De toda su colección, mi favorito es un calendario del jabón facial marca John H. Woodbury —PRONÚNCIESE UDBERY, recomienda abajo, en mayúsculas—, pero es mi favorito no por el calendario en sí, sino por el texto escrito

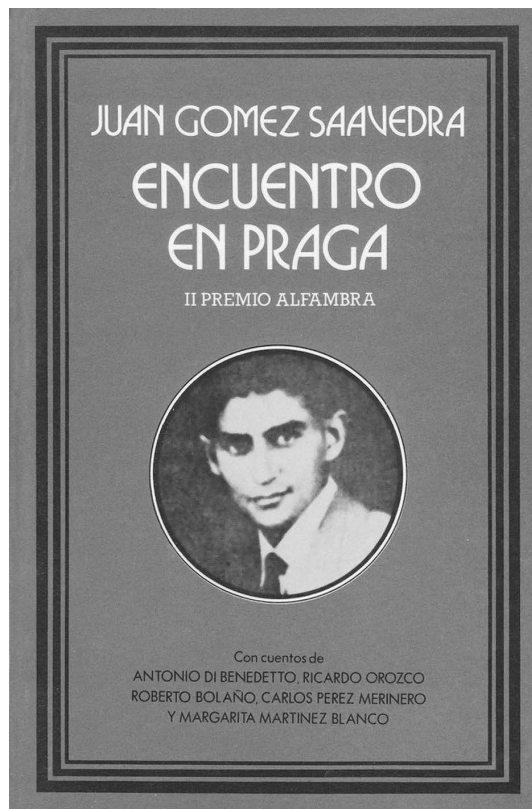


a mano, en una letra perfectamente legible, en la parte trasera. Dice así: «Ángel apostó 50 pesetas que tarda la guerra en terminar por lo menos seis meses; o sea, hasta fin de abril no se termina. Yo aposté 5 pesetas de que se termina antes de los seis meses. Hoy 1.º de noviembre 1937.» Eguizabal, al mostrármelo, acotó: Los dos perdieron, todos perdimos.)

Cuando visité la casa de un reconocido editor en Valencia, él me enseñó un antiguo libro de poemas de Rainer Maria Rilke titulado *Duineser Elegien*, en alemán, *Elegías de Duino*, en español. Una primera edición, creo recordar. Cuando el editor lo compró (por un precio bastante módico, me dijo) en una librería de viejo de Berlín, el libro no tenía dedicatoria alguna. Pero luego, con el paso del tiempo, en la primera página de aquel libro antiguo fue surgiendo (aflorando, me dijo) el autógrafo, oscuro pero legible, del mismo Rilke. Como por arte de magia. O como firmado un siglo tarde por el fantasma de Rilke. O como si Rilke lo hubiese firmado con una tinta invisible, activada por el paso del tiempo o por el roce de los dedos de un editor o acaso por la húmeda y cítrica brisa valenciana.

Mantengo cerca —a veces sobre mi mesa de trabajo, a veces sobre mi mesa de noche— un gastado libro color púrpura que me obsequió un librero de viejo que por ratos también es rabino: *Encuentro en Praga*, de

Juan Gómez Saavedra, II Premio Alfambra. Ni idea quién es Juan Gómez Saavedra, y jamás he leído su cuento «Encuentro en Praga». Pero en la parte inferior de la cubierta, justo debajo de una fotografía redonda y borrosa del rostro de Kafka, dice en pequeñas letras negras: «Con cuentos de Antonio Di Benedetto, Ricardo Orozco, Roberto Bolaño, Carlos Pérez Merinero y Margarita Martínez Blanco». Al final del libro, en la última página ya amarillenta por el paso de los años, el índice explica que, en aquel certamen literario de 1983, Antonio di Benedetto ganó el 1.º accésit con su cuento «Intensa mirada filial», y Roberto Bolaño el 3.º accésit con su cuento «El contorno del ojo». Y es que aquel certamen literario provinciano fue el detonante o el punto de partida para el cuento magistral «Sensini», de Bolaño, en el cual un joven escritor exiliado en las afueras de Girona llamado Arturo Belano (Bolaño) establece contacto epistolar con el gran escritor argentino Luis Antonio Sensini (Di Benedetto), tras recibir en el correo postal aquel libro color púrpura (*este* libro color púrpura) y descubrir que ahí, entre los demás finalistas, también está el cuento de uno de los más grandes escritores latinoamericanos. Años después, desde su casa en Blanes, Bolaño dijo del cuento: «Como muchos otros latinoamericanos, participábamos para ganar dinero y supongo que aceptábamos estoicamente las reglas. Para



mí fue una época casi feliz. Lo monstruoso era que Di Benedetto ya era, digamos, un clásico de nuestras letras (*Zama* es una de las novelas más notables que he leído), y ahí estaba, batiéndose el cobre como los más jóvenes. Que participara de aquellos concursos de provincia era como una bomba de relojería. Se puede argüir que todo, en la realidad, es como una bomba de relojería. Pero esas bombas no suelen explotar. Y las vidas de los escritores, en cambio, sí que explotan».

A veces, cuando mis palabras se estancan, cuando pierdo la fe en la ficción, que es a menudo, alcanzo el viejo y gastado libro color púrpura y lo sostengo en mis manos durante un rato y todo vuelve a hacerme sentido.

#### LA BIBLIOTECA PERUANA

Una amiga peruana (no diré su nombre, para protegerla) tiene en su despacho de Lima una asombrosa biblioteca de libros pirata. No libros sobre piratas, sino libros pirata, libros pirateados, libros ilegales. Me dijo que lleva años coleccionándolos; que los compra en las calles de Lima, en Vía Expresa, en Aramburú, en Grau, en el mercado Amazonas; que tiene algunas joyas anómalas, de Julio Ramón Ribeyro y de Mario Vargas

Llosa, por ejemplo, incluyendo un libro de Ribeyro, *La palabra del mudo*, con cubierta de Vargas Llosa (para despistar, sospecho, pero no sé si despistar a las autoridades o al mal lector). Y es que en el Perú, me dijo, la industria editorial pirata emplea a más gente que la industria editorial legítima. Mi amiga, además de lectora y coleccionista, es abogada.

#### LA BIBLIOTECA FELINA

En el prefacio que escribió para el libro *A Passion for Books*, Ray Bradbury cuenta que los egipcios, a la hora de su muerte, con frecuencia pedían embalsamar a sus gatos favoritos, y así, durante ese próximo y eterno viaje, poder abrigar un poco sus pies. Bradbury, entonces, para acompañarlo y guiarlo en su propio viaje hacia la eternidad, pide la siguiente y breve biblioteca dentro del ataúd: Shakespeare como almohada, Pope bajo un codo, Yeats bajo el otro, y Shaw para calentarle los dedos de los pies. Buena compañía, dice Bradbury, en largos viajes.

#### LA BIBLIOTECA DE CABECERA

No hace mucho murió un amigo de Brooklyn, un norteamericano radicado en Guatemala desde los años setenta, llamado Bruno Sanders. Era un viejo bestial, en todo sentido. Vivía al límite. Fumaba sin parar (Salem mentolados). Bebía demasiado (Stolichnaya y hielo). Tartamudeaba con elocuencia y sólo cuando le convenía. Y claro: devoraba libros.

Su casa de madera, tipo cabaña, estaba ubicada en Santa Cruz, un pueblo pintoresco a las orillas del lago Atitlán. La primera vez que lo visité, Sanders me había invitado a desayunar. Me marché muy temprano de la capital, dejé mi carro estacionado en Panajachel (la carretera no llega hasta Santa Cruz) y tomé una lancha pública que, medio lago y veinte minutos más tarde, me dejó en el viejo muelle frente a la cabaña de Sanders.

Recuerdo que preparó café, pan tostado, huevos revueltos con cebolla caramelizada y queso gruyere. Fuimos. Sanders me habló de su infancia en Brooklyn. Me habló de su hija. Me habló de sus dos pintores favoritos: Degas, dijo, quien solía comprar sus propios cuadros de vuelta para seguir trabajándolos; y Bonnard, dijo, quien una vez entró con un amigo al Museo de Luxemburgo y le pidió a su amigo que distrajera al guardia de seguridad unos minutos, mientras él, Bonnard,

sacaba crayones y retocaba uno de sus lienzos que llevaba años ahí colgado. Luego Sanders, sonriendo, me preguntó si quería conocer su biblioteca. Salimos de la cocina.

Aunque inmensa, su biblioteca se parecía a cualquier otra. En un dormitorio, tenía la literatura de lengua germana; en otro más grande, la de lengua española; en las paredes alrededor del comedor, la francesa; en la sala, mezcladas, la norteamericana, inglesa e irlandesa; a lo largo de un pasillo, la eslava; en otro pasillo más breve, la italiana; en una estantería del baño de visitas, frente al inodoro, su colección de haikú y bunraku japonés. En fin, todo más o menos normal —aunque el orden de una biblioteca, decía Borges, es una manera silenciosa de ejercer el arte de la crítica—, hasta que llegamos a su propio dormitorio.

Atrás de la cama, en una especie de mesa larga que también era cabecera, vi una fila de libros idénticos, de cuero marrón y finas letras doradas. Pensé que eran tomos de una enciclopedia. Pero al acercarme leí que el primer libro era de un autor cuyo nombre me resultaba lejanamente familiar: Launcelot Canning. Curioso, me acerqué un poco más. El título también me era lejanamente familiar: *El loco Tryst*. Le pregunté a Sanders si podía verlo (ya estaba casi encima de su cama), y él me dijo que adelante, que por supuesto. Su mirada brillante

debió haberme advertido. En mis manos el libro parecía un libro nuevo, intacto, recientemente encuadernado. Pero al abrirlo descubrí con asombro que el primer centenar de páginas estaban todas escritas a mano, en una caligrafía negra, perfecta, simétrica. Avancé las páginas y de pronto, más o menos a la mitad del libro, la tinta negra se detenía. Como si se tratara de un libro abandonado o un libro en proceso, el resto de las hojas estaban en blanco. No entendí. Le pregunté o murmuré algo a Sanders, pero él sólo sonrió un poco, incitándome a continuar. Dejé el libro sobre la cama. Cogí el siguiente: *El monitor de los bípedos*, de Cósimo Piovasco de Rondò. De nuevo se me hizo familiar. De nuevo todas las páginas estaban escritas a mano, en la misma caligrafía perfecta y negra; al final, también a mano, un índice: «El canto del mirlo», «El picamadero que llama», «Los diálogos de los búhos», «La gaceta de las urracas». Me volví hacia Sanders, acaso buscando ayuda o una explicación. Pero él estaba mirando hacia el lago por la ventana, distraído con el agua o quizás con un anciano que, lejos, pescaba de pie en un cayuco de madera. Alcancé otro tomo: *Caminatas matutinas de un sinólogo*, de Peter Kien. Y despacio, como si alguien hubiese encendido un candil, empecé a comprender. Alcancé un cuarto tomo, que confirmó mi sospecha: los trece capítulos, nuevamente escritos a

mano y en la misma tinta negra, de *Abril marzo*, de Herbert Quain.

Herbert Quain es un personaje de Borges. Escribió, según Borges, y entre otros libros, la «novela regresiva, ramificada» *Abril marzo*. Peter Kien, el gran personaje de *Auto de fe*, de Canetti, estaba escribiendo un libro que contenía su «colección de estupideces», una colección de estupideces humanas recopiladas durante sus caminatas matutinas; pensaba titular el libro *Caminatas matutinas de un sinólogo*. Cósimo Piovasco de Rondò es mejor conocido como «el barón rampante». Es un personaje de Italo Calvino. Según Calvino, escribió un libro compuesto de algunos de sus textos redactados durante un «período de demencia», viviendo entre las ramas de los árboles, titulado *El monitor de los bípedos*. Launcelot Canning es el personaje de «La caída de la casa Usher», de Edgar Allan Poe. Según Poe, según ese cuento de Poe, Launcelot Canning escribió un libro con el título *El loco Tryst*.

Allí, si recuerdo bien, entre los demás tomos de cuero marrón, también descubrí libros iniciados o por iniciarse o quizás ya terminados de Ceferino Piriz, de Kilgore Trout, de Eusebius Chubb, de Clare Quilty.

Bruno Sanders estaba escribiendo los libros inexistentes de autores ficticios. Estaba escribiendo él mismo su biblioteca de cabecera.

## LA BIBLIOTECA EN LLAMAS

Me dijo que había visto en Łódź una hoguera de libros. Llovía una tarde, y bebíamos whisky con mi abuelo polaco. Me dijo que una noche, en Łódź, en el 39, había visto a un grupo de soldados alemanes quemando libros. No recuerdo a mi abuelo jamás leyendo un libro. Creo que no tenía ningún libro, salvo un siddur, claro, libro de rezos judíos. Acaso no le importaban los libros. Pero aquella tarde lluviosa, bebiendo whisky y contándome de los soldados alemanes que quemaban libros en una calle oscura de Łódź, él estaba conmovido, o al menos parecía conmovido. Quizás por el whisky. O quizás por la imagen tenebrosa y encendida de las llamas en la noche polaca. O quizás porque entendía que aquellos soldados alemanes estaban quemando mucho más que una biblioteca.

## LA BIBLIOTECA CIEGA

Sus contemporáneos la decían Beta, la segunda letra del abecedario griego, porque en todo lo que hacía era el segundo mejor. Su nombre era Eratóstenes. Fue matemático, poeta, astrónomo, geógrafo, atleta y bibliotecario. Fue el tercer bibliotecario de la Biblioteca de